

Poesía y cultura apoteíca

Adonis

Traducción de Aurelia Álvarez Urbajtel

1. En esta intervención sobre la literatura llamada "difícil", prefiero partir de mi experiencia personal y particular de la sociedad y de la cultura árabe. Asimismo, prefiero restringir este discurso a la poesía, la más apropiada, me parece, para iluminar nuestro propósito. Este aporte contribuirá, espero, a una mejor comprensión de los problemas a los que hoy se enfrenta la literatura en el mundo.

En el origen de la palabra "difícil" y de los sentidos a los que remite en la poesía árabe ante-islámica, se encuentran imágenes que podrían revelar los vínculos entre el poema y sus oyentes. Una montaña empinada que hay que escalar, una camella rebelde que no se deja amaestrar y montar, el fruto codiciado e inaccesible, o una nube que se llena de truenos y de rayos, son imágenes que se oponen todas a la facilidad. Cuando el oyente árabe escuchaba una poesía "difícil", estas imágenes le venían a la mente. En otras palabras, su inclinación natural lo llevaba hacia una poesía que evocaba lo contrario de esas imágenes, una poesía asimilable sin pena ni esfuerzo, como una nube ligera, un camino transitable, un fruto que se deja cortar, o incluso una camella dócil. El árabe exigía del poema esa facilidad que le permitiría dominarlo intelectualmente y poseerlo con sus herramientas cognitivas. Rechazaba cualquier poema que no correspondiera a esta exigencia, y lo calificaba como "difícil", lo que muy a menudo era peyorativo. Se decía que un poeta "difícil" labraba la roca, y que un poeta "fácil" pescaba en el mar...

2. Esa era antes del Islam, y por lo tanto en la época de la oralidad, la relación que prevalecía entre el poema y su auditorio. Se prolongó en el periodo islámico, durante el cual se le añadió, con el advenimiento de la escritura, una dimensión nueva que se podría calificar de ideológica *avant la lettre*. Ahora bien, todo discurso acerca de la poesía árabe debe tener en cuenta, y de modo preciso, la visión que tiene el musulmán de su lengua. Pagana antes del Islam, la lengua árabe se torna divina con el sesgo de la Revelación coránica, pero sin modificarse por eso. Como tal, es la matriz o la madre de la Palabra de Dios, como de la poesía anterior, por pagana que haya sido. Una vez que esa Revelación divina sustituyó a la inspiración poética, se presentó como la única fuente de saber y echó a la poesía y a los poetas de su reino. Así, la poesía dejó de ser la palabra de la verdad, como la habían pretendido los poetas anteriores al Islam. Sin embargo —y esto merece un estudio aparte— el Islam no suprimió la poesía como forma y modo de expresión. Más bien, anuló su papel y su misión cognitiva, y le atribuyó una función nueva: celebrar y predicar la verdad aportada por la Revelación coránica. Así, privó a la poesía de sus características primeras: la intuición y la facultad de descubrimiento. Hizo de ella una herramienta de comunicación masiva.

Como Revelación, el Islam unió la palabra a la acción.

De ahí su alcance político, que se manifiesta en el dominio literario, por una parte, por el acercamiento entre la poesía y las otras formas de escritura al servicio del mensaje islámico y, por otra parte, por el alejamiento (marginación, exclusión y prohibición) de todo lo que no sirva a ese mensaje. Aquí se advierten tal vez los primeros gérmenes del uso ideológico del arte. Debe notarse que lo que ha competido y compete todavía con la poesía en la sociedad árabe no es la ciencia o la filosofía sino, efectivamente, la religión. Porque antes del Islam, y en su significación original, la poesía es inspiración, es decir profecía, pero sin mandamientos, instituciones, ni normas. Por otro lado, y a partir del Islam —lo cual merecería también una investigación particular—, la poesía en la sociedad árabe ha languidecido y se ha marchitado a medida que se ha puesto al servicio de la religiosidad, el proselitismo, el compromiso político e ideológico. A esto se refiere, en una frase perspicaz, el crítico Al-Asma'i, en el siglo VIII: "La poesía es una desventura que tiene el Mal como entrada; apenas se inmiscuye en el Bien, se deteriora". Podemos imaginar entonces lo que fue —y lo que sigue siendo— la aventura llevada por la poesía al seno de una lengua "divina", en una sociedad cuyas estructuras sociales, culturales y políticas se fundan en una Revelación que se expresa en esa misma lengua.

3. Mientras que la Revelación se manifestaba a través de las instituciones, que sólo veían en la poesía una herramienta que podía servirles, en la vida cotidiana se establecían nuevas relaciones entre la poesía y su auditorio. Nuevas formas de apreciar la poesía se instauraban igualmente, con valores y criterios nuevos. La institución político-religiosa ejercía su poder de fiel guardiana de la Revelación coránica. Tenía la certeza total de que esa Revelación dijo y escribió al Hombre y al universo de manera clara y definitiva, sin ningún error o imperfección. Esa certeza exigía la formación del individuo musulmán en torno a la fe en un texto absoluto, que no admitiera ninguna interrogación susceptible de llevar la duda, cualquiera que fuera.

En semejantes condiciones, el sujeto está enajenado de antemano —el que duda ya no tiene derecho de ciudadanía. Ya que el Islam, último mensaje enviado por Dios a los hombres, selló la Palabra divina, toda palabra que la suceda es incapaz de aportar algo nuevo. Cualquier otro mensaje supondría que el mensaje islámico no lo ha dicho todo, que es imperfecto. La palabra humana debe pues, en el terreno de la emoción, ser elogio y celebración de ese mensaje; en el terreno intelectual, *a fortiori*, no puede ser más que una explicación.

La poesía, que es el grado de expresión más elevado, ya no tendrá entonces más valor que el de la medida de su evidencia. Por eso, como instrumento de enseñanza, debe tender hacia esa facilidad que le permitirá extenderse mejor. Y esa facilidad transforma finalmente la poesía en objeto de

consumo. Al recurrir a la memoria poética, da la ilusión de unir el presente con el pasado y de responder a las necesidades reales de la gente. Durante ese proceso, no libera; anestesia, como si les enseñara a los fieles a fabricar ellos mismos sus prisiones y sus cadenas, con sus propios anteojos, sus propias necesidades. Es una facilidad que remite al Hombre al pasado, no una energía que lo impulsa hacia el porvenir.

Esto explica en parte la dominación, en la mentalidad árabe, de lo que llamo el apego al pasado. Apego al pasado significa, en el contexto de esta investigación, el rechazo y el miedo a lo inhabitual. Lo que explica igualmente cómo, ante una poesía que no emana de lo que conoce, esa mentalidad intenta primero aprehenderla al compararla con su herencia religioso-lingüística, es decir con lo que conoce. Cuanto más grande es la distancia, más considerará esa producción como extraña y peligrosa, amenazante para el patrimonio sagrado. Lo que importa es la detección de un trazo nítido y directo que vincule al presente con el pasado.

4. Así, la finalidad de la poesía es más la de transmitir el mensaje del que es portadora, que la de revelar el yo del poeta y su visión individual del ser humano y del mundo. El valor del poema reside en su eficacia y en la amplitud de la satisfacción que suscita. En esto, la poesía es igual a cualquier institución: es el matrimonio, no el amor; ya no es la aventura sino la llegada; no el sujeto sino el objeto. La poesía se vuelve promoción de los valores heredados, la salvaguarda de su continuidad. La producción lingüística es concebida como una producción manual y la lengua poética como un método de trabajo. Y de la misma manera como el producto del trabajo del obrero, que está sometido al intercambio, el poema, producto del trabajo del obrero del lenguaje, será también una mercancía susceptible de ser intercambiada... El valor del poema reside entonces en su capacidad de gustar y de atraer.

Notemos que los medios masivos modernos, en todos los niveles, contribuyen a volver el mundo cada vez más superficial y más banal. Reducen la escritura, incluyendo a la poesía, a una información entre otras. Por eso mismo, niegan la escritura y la lectura, al reinstaurar una cultura del ojo y del oído, que de ahora en adelante ya no es sino una forma de analfabetismo. La productividad toma el lugar de la creatividad, y el productor sustituye al creador.

Este estado de cosas, universal, se traduce en la sociedad árabe en fenómenos que van en el sentido de su tradicionalismo. Esto, particularmente en lo que toca a la escritura poética, cristaliza la voluntad de esa sociedad de darle muerte al creador. Se da por hecho que la obra poética es el reflejo del Texto Revelado: éste fue entregado por Dios, ya que el Profeta sólo sirvió de intermediario. Al emanar la poesía de la religión y de la comunidad de los creyentes, también el poeta es sólo un intermediario.

Ese fenómeno está anclado en la memoria poética e histórica. Los árabes de antes del Islam decían la poesía a partir de una situación concreta, o más bien a partir del acontecimiento-palabra. La palabra estaba esencialmente vinculada a la vida, al movimiento, a la obra. Era originalmente carnal. El poema era una especie de alimento, su sabor estaba en la base de su valoración. La gente esperaba de la poesía que le permitiera acceder a la circunstancia, que se dirigiera a su vida cotidiana, que la devolviera a su realidad. La fidelidad a lo real era el criterio predominante. La relación de la poesía con lo

que la gente probaba o rechazaba, era más fuerte que su relación con las categorías de lo bello y lo feo. La relación entre la palabra y la cosa era la expresión primordial de una situación y, por eso mismo, era una relación ética y no estética.

Esto puede explicar la importancia de las normas en la escritura poética árabe, constituida ante todo por reglas y principios.

La idea de lo bello sólo apareció en el momento en que los árabes empezaron a distanciarse de la realidad y le otorgaron a la imaginación un papel creador. Añádase que la lengua, de la misma manera, se ha apartado del cuerpo y de la vida bajo el efecto de la modernidad y de la técnica. La lengua se ha vuelto un material de transformación, y la escritura, el lugar de esa transformación. El poeta se ha vuelto un fabricante que transforma las palabras en un producto: el poema.

En ese pasado original y esa tecnicidad moderna, está todo lo que apunta a un reforzamiento de la evidencia y de la inmediatez, y reafirma también el aspecto prosélico e ideológico de la poesía árabe, es decir, la facilidad. Instaurada por la institución política y religiosa, la cultura árabe eliminó la interrogación y, fundada como lo está en la Respuesta, instituyó una poesía que sólo dice lo conocido, una poesía explícita. Así, la primera dificultad a la que se enfrentó la poesía árabe reside, paradójicamente, en la cultura de la facilidad. El discurso llamado "poesía fácil" será el primer obstáculo para la creación. Porque esa poesía que se entrega al panegírico acrecienta las inhibiciones y las prohibiciones. Hace más profundo el abismo cavado entre el hombre y él mismo, entre el hombre y sus aspiraciones. Comparativamente, cualquier otra poesía parecerá forzosamente ardua —deberá empezar por darle muerte a la lengua misma, como si tuviera que forcejear entre los restos desperdigados de la lengua y del pensamiento, de lo real y lo desconocido. Como si tuviera que ser una experiencia de lo ilimitado y de lo infinito. Esa poesía existió en diversos momentos del Islam y sigue existiendo, pero marginada y mal vista. Leerla no es un acto de consumo; es un acto de creación. De ahí, después del problema de la facilidad, la dificultad engendrada por la investigación poética. La luz que esta investigación podría arrojar sobre lo desconocido no hace sino agrandar sus dimensiones, y anuncia la profundidad y el extremo, como si se transformara en noche. Incluso si abre el horizonte a la noche del mundo, los límites que hace atravesar a la poesía le abren a ésta lo ilimitado. Como si la oscuridad se amplificara en el movimiento mismo de la luz, como si la poesía sólo conociera sus propios límites. El mundo oscuro que se aclara es ese mismo que lleva a la poesía hacia un mundo aún más oscuro.

La poesía se vuelve entonces una forma de escribir lo desconocido. La lengua escapa al yugo de la costumbre y de los usos ordinarios. Cuanto más lee uno esa escritura, más se aleja, como si caminara hacia un horizonte para alcanzarlo, o se desplazara en un mundo secreto que se amplifica al ritmo de la lectura.

Eso desconocido no es un sentido definido que se pueda asir. No es fijeza sino movimiento. La escritura desplaza la significación de las palabras de un horizonte a otro, y crea para el sentido un espacio nuevo, otro placer cognitivo. Sacude la oposición entre lo explícito y lo implícito, lo real y lo desconocido, y destruye las relaciones inmutables entre el significante y el significado, mientras insiste en otras relaciones

Jonas Balan, *Collar amerindio*.

que tratan, por su parte, de los misterios de la existencia. El interés de esa escritura se dirige pues a lo oculto-implícito y a lo probable-imaginario, en oposición a lo seguro-racional. El lector se mueve en lo imaginario y lo probable, y evoluciona entonces en una escritura atípica desprovista de referencias. Ya no penetra en el poema como en un jardín en el que los frutos estarían al alcance de su mano, sino más bien como en un abismo o en una epopeya. Lo que podrá cosechar ahí requerirá un esfuerzo, y no lo obtendrá sólo con el espíritu o el corazón, sino con todo su ser. Esa escritura, en efecto, toma senderos no señalados para ir hacia ese otro lugar que no se puede alcanzar, ya que siempre está en movimiento y siempre nos lleva hacia un lugar todavía más lejano. La lengua, que aquí abandona los modos y las categorías de la escritura, se adhiere totalmente a la dinámica de esa experiencia e incluso a su errancia.

Esa escritura poética ha abierto importantes brechas en el tejido religioso y cultural dominante. Al expresar lo inédito y sugerir lo no dicho, ha perturbado a la vez la imagen de la certidumbre y la del discurso que la expresaba. Al abrir las puertas hacia lo indecible, insiste en la ausencia de correspondencias entre las cosas y las palabras, lo cual implica poner en tela de juicio la verdad de todo discurso, cualquiera que sea, tanto humano como divino. Presenta, justamente, un texto abierto e inconcluso, a la inversa del de la religión, sellado y eterno. De ahí esa dificultad que llamo "dificultad de la interpretación" o "dificultad de las riberas". Porque en esa escritura la lengua es la de las fronteras que unen lo visible a lo invisible, la lengua de las riberas que dibujan sus contornos. Es la lengua de la lejanía y de lo peligroso: lengua de los extremos, lengua que rasguña las palabras y, por lo mismo, expresa al mundo.

5. Existe otro tipo de dificultad ligada a la noción de identidad y que se vincula esencialmente, en la sociedad árabe, a la lengua y a la religión. Tal como se vive, la identidad engendra una lectura fundada en la nostalgia de la unidad

original: unidad de la nación, de la lengua, de la patria y del poder. En cuanto tal, es lectura ideológica, que aprehende el texto poético como un terreno de conflicto entre las ideas y las corrientes. Lo convierte, en otros términos, en un texto político. Incapaz de adaptar ese texto poético a sus fines, dicha lectura lo califica de "difícil" y a veces le niega incluso su condición poética. Es una lectura que, porque une la lengua a la identidad y la verdad a la fuerza, acaba por confundir saber y poder. Aquí, el concepto de identidad es unívoco en un sentido teológico, e idealista en el sentido filosófico. El aspecto esencial de esa lectura es la separación con el otro y la autosuficiencia. Ese concepto da así la ilusión de la continuidad y, en consecuencia, la ilusión de la cohesión y de la singularidad en relación con las demás identidades. Ahora bien, la poesía en la sociedad árabe es el primer criterio con que se mide a la vez el grado de pertenencia del poeta y su identidad. Se puede entender entonces con qué se confronta la poesía que establece otro concepto de la identidad, pluralista, abierto, agnóstico y laico.

La identidad, en esa poesía, no es sólo la conciencia: también es el inconsciente. No es sólo lo lícito, sino también lo inibido y lo no dicho. No sólo es lo realizado, sino ante todo, lo potencial. Es lo continuo y lo discontinuo, lo implícito y lo explícito.

Hay entonces una fisura en el centro mismo de la identidad unívoca y fantasmática. La unidad del "yo" es aparente, porque ese yo, en el fondo, es desgarramiento. Y el "otro" habita en lo más profundo del "yo". No hay "yo" sin el "otro". La identidad viviente está en esa tensión de la relación, fértil y ambigua, entre el yo y el otro. Sin esa tensión, la identidad sería la de la cosa, y no ya la del Hombre.

La identidad no sólo viene del interior: es una interacción viva y continua entre el interior y el exterior. Se puede entonces decir: la identidad no se encuentra tanto en lo inmutable y lo implícito como en lo cambiante y lo todavía no explicitado. En otros términos, la identidad es un sentido que habita una imagen siempre móvil. Se manifiesta más en la orientación que en el regreso. Está en la apertura, no en la clausura; en la interacción, no en el repliegue.

La problemática de la identidad se manifiesta de manera privilegiada en la poesía. En el lenguaje poético, la identidad es una eterna interrogación. En la experiencia creativa, el hombre sólo es él mismo en cuanto sale de lo que es. Su identidad es una dialéctica entre lo que es y su devenir. Está más delante que detrás de él, ya que el hombre es esencialmente voluntad de creación y de cambio. Dicho de otro modo, la identidad es menos una herencia que una creación. El hombre, contrariamente a otras creaturas, crea su identidad al crear su vida y su pensamiento.

6. Tal parece que en el marco de la cultura árabe dominante, lo que se llama "dificultad de la poesía" no proviene del texto mismo y no se halla en él. Esa "dificultad" deriva, en primer lugar, de su concepción tradicional de la poesía, del nivel y de la calidad de la cultura. Está ligada, en segundo lugar, a la facultad de comprensión del poema en el lector; a su manera de leerlo.

¿No se podría decir que en el marco de esa cultura, la poesía se vuelve poesía sólo si se libera de la facilidad y de la evidencia que se exige de ella?

¿No se podría decir: no, no hay poesía difícil?